

PETER BURKE. *HABLAR Y CALLAR:*

*Funciones sociales del lenguaje a través de la historia**

Margarita Yvonne Roel Mendizábal**

El presente trabajo de Peter Burke, es una extraordinaria obra que se refiere a la historia social del lenguaje, un campo de estudio relativamente nuevo en Europa y que en el Perú recién se conoce. En nuestro país los estudios del lenguaje han sido comúnmente abarcados dentro de la lingüística, y dentro de la tendencia semiótica o bajo la influencia de la sociología, pero no se han hecho investigaciones que relacionen la historia social con el lenguaje. En cuanto a la importancia del lenguaje, ya han habido obras donde observan el poder que tiene éste, y más aún en nuestro país donde hay un predominio del lenguaje oral por sobre el lenguaje escrito (Biondi Shaw, Juan José. *Representación oral en las calles de Lima*. 1994), y cuyas características han sido utilizadas por los medios de comunicación para tener una mayor influencia en la sociedad, llegando al grado de decadencia durante la última década del siglo XX, cuando el gobierno de Alberto Fujimori aplicó una política psico-social en la prensa peruana para controlar a la opinión pública (aunque esta política de manipulación de la opinión pública es, lamentablemente, una política de larga data en nuestro país).

Los historiadores han llegado a valorizar al lenguaje no sólo como un fin en sí mismo sino también como un medio para comprender las fuentes orales y escritas a través del conocimiento de sus convenciones lingüísticas, y es por esta razón por la que se ha aplicado la visión histórica para un mayor entendimiento del lenguaje. Burke critica la forma en que tradicionalmente se ha estudiado a la lingüística ya que investiga la historia de una determinada lengua de acuerdo al concepto de que la lengua es un elemento independiente de la sociedad en donde se desarrolla, así como la idea de que es parte del espíritu de una nación, visión que fuera criticada también por Ferdinand de Saussure.

Sólo a partir de 1950 se dan los estudios del lenguaje dentro de un enfoque social y con una investigación sistemática de la lengua, si bien antiguamente en el Renacimiento italiano ya se veía al lenguaje como un hecho social pero de acuerdo a una visión jerarquizada de la sociedad. Y ya, a fines del siglo XIX, se empezó a estudiar seriamente la relación entre lengua, pensamiento y sociedad. Burke refiere que a la historia del lenguaje se le debe añadir una dimensión social y una "dimensión histórica a los sociolingüistas y etnógrafos del habla", dándole importancia a la comunicación oral y escrita. La sociología y la etnografía aportan a la historia la conciencia del lenguaje de "quién habla, qué lenguaje habla, a quién le habla y cuándo lo habla", donde el

* Barcelona: Editorial Gedina, 1996. (Serie Cla*De*Ma. Historia)

** Bachiller en historia del arte. Especialista en arte del Centro de Servicios Bibliotecarios Especializados de la Biblioteca Nacional del Perú.

término “variedad” (no emplea el término “código”, pues le parece muy impreciso) ocupa un lugar central pues se trata del modo de hablar de una determinada comunidad lingüística. Plantea también que la relación en que las sociedades y la lengua en que ellas se hablan o se escriben se formulan según cuatro puntos:

- a. **Diferentes grupos sociales usan diferentes variedades de la lengua.** Las “variedades” se definen de acuerdo al sexo, ocupación, religión o dentro de alguna actividad deportiva o financiera, y ellas simbolizan una posición social, aunque estos símbolos sociales son propensos a sufrir cambios de acuerdo a las circunstancias históricas, si bien siempre con una determinada característica y de acuerdo al grupo social al que pertenezca la persona.
- b. **Los mismos individuos emplean diferentes variedades de lenguas en diferentes situaciones,** a razón de la capacidad de adaptación del habla ordinaria, conocida como “hábitus”, donde las situaciones influyen en las conductas de los individuos y en los grupos sociales a los que pertenecen. El pasar de un registro a otro depende de quienes participan de la conversación y en gran medida del tema que se discute, así como de la ocasión y de las determinadas personas. Las élites y otros grupos sociales hablan más de una lengua, debido a la profesión que ejercen, y las personas pueden pasar de un dialecto a una lengua literaria y viceversa. La lengua escrita es otro registro ya que generalmente es más parecida a una traducción que a una transcripción de la lengua hablada, con sus propias reglas y sus propias variantes según su uso.

De ahí que sea necesario estudiar al que habla dentro de un determinado lugar y tiempo, y ver si éste se comunica a través del lenguaje escrito u oral. También surge el problema de la dificultad de estudiar la cultura popular al no haber registro del habla común, pero Burke nos da la solución ya que propone que, por medio de los documentos antiguos de los tribunales, o de los sermones y hasta en las obras de teatro y novelas, se pueden encontrar huellas de este lenguaje.

- c. **La lengua refleja o se hace eco de la sociedad,** definida aquí a través de las formas de familiaridad y deferencia, de poder y solidaridad, los cuales varían según la época, país y sociedad. También expresa la lealtad con aquellos que hablan de la misma manera o del distanciamiento con los que hablan diferente, así como el uso de dialectos locales o relacionados con la profesión, bajo una finalidad de tipo utilitaria o por una conciencia de grupo y de distanciamiento que lo separa del resto de la sociedad. En estas circunstancias es que se produce la Metáfora de la Refracción, o cuando las formas de cortesía de la clase alta pasan a uso corriente.
- d. **La lengua modela a la sociedad en la que se usa,** donde se observa el uso que le da un grupo social dominante al lenguaje para controlar a las otras clases sociales, para impedir el cambio en la sociedad o para afirmar o suprimir identidades culturales (en el Perú esto se observa en la destrucción de las lenguas nativas, además del insulto verbal, empleado tanto en el habla común como del político, el cual llega a niveles violentos con la finalidad de desprestigiar al rival y derrotarlo moralmente). La lengua usa a quienes la hablan y no al

revés, pues la lengua crea y constituye la sociedad. Aquí hay que observar el fenómeno de la «ideología», es decir la relación imaginada de los individuos con respecto a sus reales condiciones de existencia.

Los procesos relacionados con este aspecto son: cuando se construye un Estado, los gobiernos emplean un lenguaje estandarizado, de acuerdo a la finalidad política; la colonización del lenguaje, así como el renacimiento de lenguas dominadas como parte de un movimiento de resistencia a los gobiernos centrales. En este punto, el autor nos sugiere que para estudiar estos rasgos del lenguaje se debe considerar la historia de la planificación lingüística, de la reforma de la lengua, de la política de la lengua o del manejo de la lengua por parte del Estado. (Aún no se han hecho en el Perú estudios sobre los discursos políticos, y especialmente durante el siglo XX, con el fin de encontrar paralelismos y diferencias entre los mensajes de diversos partidos políticos, como por ejemplo Acción Popular y el APRA—siendo conocido este último por su empleo exclusivo de la oratoria— y sería interesante que se hicieran este tipo de investigaciones, evitando toda posición política).

En el Capítulo II, titulado “*Heu Domine, Adsunt Turcae*”: esbozo de una historia social del latín posmedieval”, el autor nos informa que el latín había sido una segunda lengua en la Europa de la Edad Media y Moderna (y aún es una segunda lengua en algunos países, como en Italia, donde se enseña en los colegios). El autor nos refiere que una de las razones por las que se empleó el latín en la Edad Media fue porque posee términos abstractos, rasgo que no tenían las lenguas vulgares de su época, y que la latinización de las lenguas vernáculas en la Edad Moderna se debió a que las nuevas circunstancias obligaron a que éstas adquirieran términos abstractos que sí habían en el latín.

Los Humanistas Renacentistas, al reavivar el latín clásico —y en especial el ciceroniano— vieron que éste no resultaba apropiado para describir el mundo postclásico, y por ello “clasicizaron” lo moderno. Además, la interacción e interpretación del latín y de la lengua vulgar produjo que una persona fuera de una a otra lengua al mismo tiempo, con lo que se produce la influencia del latín a la lengua vernácula y viceversa. También explica que, al avanzar los siglos, el latín no dejó de usarse sino que se contrajo y luego se revalorizó, llegando a ser empleado hasta en el siglo XIX y XX (por ejemplo el Esperanto, que es una forma de latín simplificado), a causa de que el uso práctico del latín fue lo que lo hizo tan útil y por ello sobrevivió por mucho tiempo, convirtiéndose incluso en el idioma oficial para la diplomacia, el comercio y las universidades, durante los siglos XVI, XVII, y XVIII. Pero, a su vez, ahondó más la brecha entre cultura de elite y cultura popular y se hizo exclusivista produciendo sentimientos tanto de atracción como de rechazo.

En el Capítulo III llamado “Lengua e identidad en la Italia moderna temprana” habla sobre las fronteras simbólicas o fronteras culturales, proceso que es común a todos los grupos culturales y que es conformado por las identidades que dependen de los estereotipos de lo que uno mismo es y también de los estereotipos de otros, apoyándose en el narcisismo de las pequeñas diferencias, el cual hace que una cultura se presente como obra de la naturaleza.

Este proceso de formación de la identidad se ha de ver como una construcción colectiva, la que depende de los contextos específicos, es decir que las mismas personas se presentan de manera diferente según las diferentes situaciones.

Las identidades también cobran cuerpo en medios como los ritos, los mitos y las culturas materiales, y en el caso de los ritos, estos ayudan a definir las identidades del grupo no sólo porque excluyen a los que no son miembros sino también porque permiten realizar ataques simbólicos a los enemigos de la comunidad. Por otra parte, la cultura material es la marca distintiva de identidad. A todo ello, se une la memoria social o la imagen del pasado de un grupo, aunque esto depende de quiénes pensamos o qué somos. Uno de los signos más importantes de identidad colectiva es la lengua que identifica a una nación o a un grupo, para distinguirse de otras o de los individuos, pero ello está sometido a los cambios históricos.

Tales características se presentaron durante el proceso de formación y valorización del idioma italiano, producto de la aparición de la identidad italiana, el cual nació como reacción ante la invasión francesa en el siglo XV; debido a la diversidad de dialectos, se creó un idioma para que los pueblos pudieran comunicarse: primero el *Cortegiano*, especie de esperanto nacional, y el otro fue el *toscano*, el cual terminó absorbiendo al *Cortegiano* y reemplazarlo, debido a que, según las reglas del lenguaje, un dialecto llega a convertirse en lengua no por sus propios méritos sino por razones políticas, imponiéndose y difundiéndose en el siglo XX por la escuela obligatoria, el servicio militar obligatorio, los medios de comunicación y los libros que estandarizaron la lengua, habiendo sido ya en el siglo XIX como parte de la identidad nacional. (¿Por un proceso similar habrá pasado el quechua? Sería interesante saberlo, si bien no existen estudios preliminares sobre el mismo).

El capítulo IV llamado “El arte de la conversación en la Europa moderna temprana” es un ensayo sobre etnografía histórica acerca de la conversación o sobre quién se comunica, con quién se comunica, cuándo lo hace, dónde lo hace, sobre qué y de qué manera, y las reglas o recomendaciones dadas en tratados compuestos varios siglos antes. Burke nos señala que el género de la conversación como arte se caracteriza por cuatro aspectos: el principio cooperativo, los derechos del interlocutor, recíproco intercambio de ideas y falta de semejanza con las conversaciones de negocios.

La conversación puede desarrollarse adoptando una actitud de adversario o bien una actitud de colaboración. En él también intervienen las marcas de respeto y de referencias a la jerarquía social, que antiguamente era una norma rígida. Entonces la supuesta espontaneidad de la conversación se contradice con la existencia de los tratados y los consejos que dan. Los tratados de la conversación se presentan ante el historiador cultural como textos donde se hacen explícitas normas que generalmente están implícitas. Se caracterizan porque representan la articulación del sentido común con las buenas maneras, y en donde se muestran lugares comunes.

El sentido común varía de una cultura a otra por lo que se lo debe considerar como un sistema cultural o un cuerpo relativamente organizado de pensamiento aceptado. Las normas

sobre la conversación son cuestiones relativas limitadas por cuestiones culturales, pero cada cultura tiene sus propios ideales. Sobre la repetición de lugares comunes refiere Burke que, si se observa, se perciben unos pequeños pero significativos cambios en el tiempo, especialmente en el énfasis o en las inflexiones. Lo mismo sucede con los conceptos que se tienen sobre la conversación. Los tratados de la conversación están definidos por la idiosincracia de la sociedad y por su período histórico, por la personalidad del autor y por el nacimiento como género literario del manual de la conversación. Además de ser continuadores de la tradición de la plática, se definen también por los intereses sociales del autor, de cómo comportarse en la sociedad. Los manuales de conversación varían según el desarrollo de la sociedad; a su vez, también dependen de cuán fuerte sea la tradición de la plática. El autor plantea la hipótesis que la aparición de reglas de conversación para controlar nuestro hablar y el silencio, son parte de cambios culturales mayores, como por ejemplo el surgimiento del clasicismo en las artes, y el clasicismo forma parte de un movimiento más general del control de sí mismo: control de la violencia, la desviación y hasta del modo de hablar, las actitudes y los gestos, relacionado todo ello con el capitalismo, la burocracia, etc., que aparece en Inglaterra a fines del siglo XVIII, y que se opone a la cultura de la corte que existía en Francia y a su normatividad, aplicándose en lugares semiformales, entre pequeños grupos de personas y en sitios de sociedad, así como en lugares de estudio o en las relaciones interpersonales.

Lo impreso sólo fomentó la estandarización de la palabra inglesa, al igual que los “juegos de salón”. Sobre el origen de las normas de conversación, me parece algo apresurada esta hipótesis, pues habría que profundizar más los estudios, ya que el movimiento clasicista tuvo varios momentos: el Renacimiento, la Francia del siglo XVII y el Neoclasicismo, y no sólo se desarrollaron en un solo país, por lo que habría que estudiarse los diversos movimientos de renacimiento del clasicismo y de cómo éstos han influido en las sociedades, así como la influencia que haya ejercido en el lenguaje de todos estos pueblos. En el caso de Inglaterra, donde el control de la lengua también tiene que ver con la religión predominante (protestante), se podría aplicar esta idea pero se tendrían que hacer mayores estudios para reforzarla.

El último capítulo, titulado “Notas para una historia social en la Europa moderna temprana” considera el acto de guardar silencio como un acto de comunicación a razón de que el silencio –si está acompañado de gestos o expresiones faciales– puede ser cálido o frío, íntimo o excluyente, cortés o agresivo. Su significación varía de acuerdo a la ocasión en que se da el silencio, de acuerdo con la persona que permanece callada, y también de acuerdo con el “auditorio”, en el caso de que sea apropiada esta palabra. El momento y el lugar son también importantes, así como el sexo de las personas.

En cuanto a los campos o “regiones” de silencio, Burke nos dice que éstos a menudo se forman alrededor de seres que merecen respeto, como los gobernantes o los muertos. Es el silencio del respeto. Otra variedad de silencio es la “conspiración del silencio”, en el que el silencio se presenta por miedo o por complicidad de aquel que no puede dar información sobre una persona o una situación que no debe ser revelada. En otras sociedades un

motivo de silencio es una situación de conflicto o ambigüedad; también es una forma de manejar un silencio o, al contrario, para poder manejar un conflicto, y como “estrategia de relación”, es decir, que lo que se dice no puede ser recobrado.

El silencio es uno de los elementos esenciales de todas las religiones, en donde hay diversas variedades, siendo un compuesto de respeto a la divinidad, una técnica para aguzar el oído interior y un darse cuenta de la impropiedad de las palabras para describir realidades espirituales. El silencio cambia su significado cuando pasamos de un lugar a otro, y en cuanto a la oralidad y el silencio en determinadas ocasiones sociales que varían en gran medida de una cultura a otra. Para poder estudiarse el silencio durante los siglos XVI, XVII y XVIII, el autor nos habla que uno se debe basar en el estudio de los registros judiciales, descripciones de viajeros y mayormente en los libros de buenas maneras. La clase de personas de las cuales se esperaba que guarden silencio eran, primeramente, los sacerdotes, y luego las mujeres, y si bien hay diversos grados de silencio esperado en estos dos grupos, por lo general se consideraba el silencio como un atributo femenino, o como parte de su ornamento, puesto que le daba gravedad y reverencia, pudor o modestia, además de honra sexual.

El silencio conviene a las mujeres, pero aún más a los jóvenes y niños. A los hombres también se les podía recomendar que guardaran silencio pero sólo a ciertos grupos (sacerdotes, nobles). Burke establece “ocasiones del silencio” o dominios del silencio (estar ante el príncipe, el príncipe ante la corte, las comidas formales), así como el disimulo o el “prudente silencio”, que fue la preocupación de los autores que escribían sobre la “razón de estado” y del arte de la discreción. El silencio aparece ante la presencia de extraños, y cuando hay que proteger a la comunidad; a su vez, como “maleficio de la taciturnidad”, es decir, que se utiliza el silencio como una ayuda mágica, para que el reo pueda obtener la libertad.

Tocando el aspecto histórico, el autor nos señala que en la Europa del siglo XVI, el sistema del silencio tenía dos principios imperantes: el de respeto o deferencia, rasgo de una sociedad jerarquizada, y el del silencio por prudencia, aplicado en las relaciones exteriores a la comunidad. Entre los pueblos que respetan el silencio se encuentra el pueblo inglés que gusta de la comunicación del silencio y es tolerante del silencio de los demás, el cual varía según las circunstancias. Lo mismo sucede con el pueblo español y el italiano, quienes respetan el silencio, a causa que existe una cultura de la desconfianza propia del mediterráneo.

Nos cuenta el autor que las reformas realizadas tanto entre grupos católicos como entre los protestantes, tuvieron efecto en la palabra y el silencio: entre protestantes aparece el silencio con ciertas variantes y en la actitud del “nicodemismo”, o sea disimular con el silencio las verdaderas opiniones. El mayor cambio fue el extender la elocuencia del silencio desde el claustro a la iglesia. Entre los grupos católicos se presentaba para trazar fronteras entre lo sagrado y lo profano, y en el respeto de los fieles dentro de la iglesia, y entre los protestantes, se busca el respeto similar pero aplicado a la misa. Burke plantea la hipótesis que el surgimiento de la monarquía absoluta viene con un predominio del silencio en la esfera política y que el gran número de manuales sobre el arte de la conversación, que

circulaba en ese momento en Europa, sugiere un interés cada vez mayor por el autocontrol en la esfera privada y doméstica (civilización).

Este “gobierno de la lengua” se relaciona con las tendencias culturales y sociales de la época: el Renacimiento, la Reforma y la Monarquía absoluta, así como con el Capitalismo (ahorro de la palabra similar con el ahorro del dinero), lo cual definió las conductas entre los pueblos meridionales y septentrionales, pues el control de la lengua fue más efectivo entre los protestantes que entre católicos, creándose así una serie de estereotipos sobre estos pueblos y que predomina hasta el día de hoy. La hipótesis de Burke tiene razones lógicas por las cuales sostenerse, aunque habría que hacerse mayores estudios para corroborar sus propuestas.

Esta obra de Burke, escrita en un lenguaje claro y a su vez profundo, es un gran aporte a la historia social del lenguaje en Occidente, y para nosotros es todo un descubrimiento que nos plantea un gran reto para el estudio del lenguaje en nuestro país, puesto que rompe no sólo los esquemas cerrados que comúnmente se han aplicado en los estudios del lenguaje sino también nos muestra cuán limitados hemos estado en cuanto al conocimiento de nosotros mismos.